

CUERPOS TALLADOS

De Ignacio Castro Rey¹

Si, según se ha repetido con frecuencia, el desarrollo industrial está ligado a una contracción anímica y vital, se explica entonces la dificultad del ejercicio exterior (al igual que toda relación directa, también con el afecto o la risa) y la necesidad de estimularlo con la competición. El puenting, el rafting, el esquí extremo aparecen en su momento como deportes de «riesgo» organizados por la sección juvenil de una sociedad amenazada por un aburrimiento terminal. Los títulos inconfundiblemente norteamericanos de esas actividades confirman su ligazón con una cultura donde el peligro es una excepción más o menos cinematográfica. Es cierto que, como señala Virilio, por medio de comportamientos equivalentes a intentos de suicidio (la anorexia, la toxicomanía), con las conductas de riesgo el individuo cree dominar su propia impotencia: «Estos brutales enfrentamientos al límite tienen como telón de fondo el fantasma clásico de poder dominar, por fin, su destino: en suma, el de la realización total.» Pero esta opción está reservada a una rara minoría y parece claro que la espectacularidad de las aventuras filmadas o del deporte de alta competición no tiene otro fin que el de apuntalar el repliegue del conjunto de la población al embotamiento psíquico y la atrofia muscular. Al fin y al cabo, tales aventuras se presentan como cosa de hiperespecialistas, unas hazañas que fomentan más la pasividad que la emulación. En ningún caso, la entrega a la aventura de la propia existencia.

En este sentido, la travesía solitaria del Atlántico y proezas parecidas son la confirmación del viaje que no hace nadie. En conjunto, se precisa crear una raza de pasivos espectadores, incapaces a ser posible de apearse del coche. Es necesario universalizar la discapacitación o, si se prefiere, la capacitación especializada. De este modo el poder, ejercido sobre seres inermes, podrá hacerse discreto, capilar, y ejercerse a través de disciplinas de entretenimiento.

En general, ya veíamos que se manifiesta en el deporte algo del síntoma universal de la inmigración, en su relación invertida con el bienestar espectacular. Es necesario importar sangre fresca, esclavos de lujo que puedan dar rendimientos elementales (laborales, deportivos, sexuales) en un marco anémico de decadencia. En última instancia, podemos ser «pasivos», espectadores posmodernos, mientras la vieja función de la supervivencia esté resuelta por otros. Al respecto, por su función de exorcizar incesantemente el mal hacia fuera, Baudrillard ha hablado con frecuencia de una función de blanqueo que cumplirían los medios. ¿Es una casualidad que las maravillas del bienestar y la «vida a distancia» para la población autóctona de los países ricos, esa limpieza silenciosa de la alta tecnología, coincida con la importación masiva de carne exótica del Tercer Mundo, con el espectáculo televisivo de las incesantes miserias del exterior y la importación barata de trabajadores inmigrantes? El trabajo duro de la huerta murciana o catalana, que hoy casi ningún lugareño quiere hacer a un precio soportable para la pequeña empresa, queda así progresivamente para la sumisa mano de obra extranjera. En este aspecto, la pasividad espectacular, implícita al bienestar del consumo, entraña una forma feroz de decisión según la cual el esfuerzo de la supervivencia, a veces en condiciones límite, queda para los otros. Y los deportistas son parte de esta necesidad social de que alguien desarrolle rendimientos físicos espectaculares para la diversión de la masa inerte. Quizá sólo la élite de ellos se libra de la condición de esclavos sometidos a nuevos trabajos forzados.

¹ *La explotación de los cuerpos*, Ed. Debate, 2002.

No hay por qué no ser claros en este punto. Cuando hablamos de deporte hablamos básicamente de televisión, de un multimillonario espectáculo mundial. Hay una masa de amateurs que hacen algo', emulando a sus estrellas favoritas, pero sobre todo para participar en el simulacro, para poder después sentarse satisfechos ante las pantallas y seguir las proezas estelares de los auténticos profesionales en el *live* de alguna cadena. Ellos luchan por nosotros, gladiadores bruñidos en una arena radiante de luces. Bajo este prisma, el especialista de élite es una metáfora opulenta de los «espaldas mojadas» que sudan a pleno sol para los ejecutivos sentados a la sombra azulada del ordenador.

- El ejercicio físico organizado configura en conjunto un simulacro de movilidad para una masa colectiva que se ha prohibido cualquier aventura que no sea virtual, que de hecho no puede ir a ninguna parte lejana, en contraste con el Mundo Moderno, ni tampoco volver atrás, a las raíces, a diferencia de la Antigüedad o del Romanticismo. El deporte se asemeja, por esta razón, al ejercicio diario de prisioneros en el patio de una cárcel de «régimen abierto». El movimiento es llevado al organismo aislado que, en un trabajo forzoso, debe consumir las calorías del sedentarismo propio de este régimen privado-interactivo, prolongando su febril actividad laboral en un combate contra la quietud del ocio y la gravedad que pueda anidar en la carne. Por un lado, para una colectividad amenazada permanentemente de obesidad por falta de roce con un exterior (incluso bajo el cristianismo, las «penalidades del alma» gastaban los miembros), se publicitan ejercicios para drenar los kilos de basura residuales del consumo, vendiéndose de continuo una obsesiva cura de adelgazamiento. Existen incluso, al menos en EE UU, asociaciones de «Vigilantes de peso».

Es necesario compensar a toda costa la ausencia de peligro, de cualquier esfuerzo vital en esta comunidad de tele-contactos y quietismo digitalizado. Por otro lado, ha de extenderse una vigilancia técnica sobre el cuerpo inerte, que recuerda demasiado a la enigmática desnudez de la tierra. Igual que en el caso del sexo, con lo atlético se incentiva un enérgico ejercicio que no toque el alma (mejor aún, destinado a extirpar lo que quede de ella), una dinámica destinada a un individuo sin ataduras, sin vínculos míticos, sin raíces. El cuerpo caído, desprendido, liberado de la comunidad espiritual del afecto, es rehén de un mecanismo de gestión más o menos médico, entrenado en múltiples dispositivos pulsionales. Diferentes disciplinas de un *fitness center* generalizado (body building, dietas, aerobic, footing y gimnasia de mantenimiento) se ensañan en una vigilancia neurótica sobre la masa orgánica. Si en conjunto es cierto que, una vez conquistado el planeta, Occidente se vuelca en limpiar la microfísica de la cercanía, el afán deportivo aparece además como un modo activo y rítmico de prolongar la vieja aversión del cristianismo histórico hacia la vida desconocida de la carne. El puritanismo, que tan buenos efectos ha logrado para la fundación de la prosperidad nortea, se extiende así mientras la opulencia se reparte.

A la transparencia de programas informáticos y pantallas les corresponde la de los torsos y miembros bruñidos, moldeados por la disciplina, medidos en su peso, pulsaciones y desarrollos (en los concursos de culturismo se premia la masa muscular, su simetría, su definición, la vascularización que la riega). Tal tratamiento del tejido muscular se corresponde con el uso de la existencia humana como una materia prima más, quizá la primera y última, en todo caso privilegiada. De tal uso los nazis sólo hicieron una versión sistemáticamente despiadada. De una manera u otra —dice Adorno—, el odio-amor hacia lo corporal tiñe la entera civilización moderna. En la condición de lo inferior y sometido, el organismo es convertido de nuevo en objeto de burla y de rechazo, y a la vez deseado como lo prohibido, reificado, alienado. Sólo esta civilización conoce los músculos como una cosa que se puede poseer, distinguiéndolos y separándolos del espíritu, quintaesencia del poder y del mando, como objeto, cosa

muerta, corpus. El eco nostálgico de la perdida unidad de alma y físico lleva a la exaltación de los fenómenos vitales. Desde la bestia rubia hasta el isleño de los mares del Sur, desemboca inevitablemente en la película «exótica», en los carteles publicitarios de las vitaminas y de las cremas de belleza. Pero en el conjunto de esta ideología se intenta ver el físico a semejanza de un mecanismo complejo, los miembros en sus articulaciones útiles y la carne como relleno del organismo; se manejan y tratan los miembros corporales como si ya estuvieran separados, desmembrados de una posible relación anímica. Por lo mismo, sigue diciendo Adorno, que se ha transformado el paseo en movimiento y la comida en calorías; de modo parecido a como el bosque vivo se dice «leña» {bou, wood) en el francés y el inglés corrientes.

Entrenando para batir su propia marca, breándose día a día en el gimnasio y en las pistas para estar en forma, la privacidad cultiva sus pequeños cotos de caza. Puesto que se le ha privado de hacer nada que sea vital, dado que el bienestar supone la fe en haber dejado atrás la supervivencia, ha de hacerse a sí misma, dedicándose cada uno a la pequeña labor de su anatomía. Superar una cifra, aunque nada más sea personal, supone ya una meta, un ideal, poder subir a un altar o podio que el estadio mundial dora con soles de futuro. Todo esto es trabajo, es sacrificio y dedicación mediante los que se mata la amenaza de indefinición y juventud que acaso latía en los cuerpos (García Calvo). Se tomó el juego, que surgía de vez en cuando sin saber cómo, y se le aplicaron las normas del antiguo Trabajo, ahora transformado, para que el juego tuviera un fin y un reglamento, primeramente un cómputo temporal, una meta que alcanzar. Y dado que las vidas no tenían una cosa que producir, que crear, tuvieron que encarnizarse con su propia masa física, volcarse en la superación, dedicándose a la producción del más útil y seguro de los objetos, la identidad cerrada de uno mismo. Recordemos al respecto las ironías de Marx sobre la «contabilidad de sí mismo» que, como buen inglés, realiza Robinsón Crusoe.

En el culmen de la modernidad aparece un orbe corporal a conquistar, subdesarrollado, indócil, lleno de pobreza y de sombras, y con ese mundo el progreso desciende a «desarrollos» físicos, sacando rendimientos de aquel cuerpo como si fuera una máquina. La disciplina y el sacrificio componen la industria, bárbara y civilizada a la par, del cultivo más íntimo. Con una tensión perpetua hacia el día del examen o la prueba, versión laica y económica del día del Juicio Final, los mozos moldean a ritmo de motor sus carnes y cerebros. Y esto vale tanto para los deportes motorizados como para el atletismo, pues los dos están regidos por el arquetipo mecánico. El atletismo moderno, ciertamente, no sería posible sin el modelo de pistas medidas, potentes motores y relojes, con el enorme complejo de medición que les acompaña. Se constituye entonces un fresco estilo adecuado a las características brillantes del solipsismo individual, capaz de inyectar la cronología lineal de la Historia en los niveles más ínfimos, en la unidad atómica de la masa. Estilo que es asimismo una versión actualizada de la moral utilitaria y prolongación de la higiene puritana. Mediante la masiva disciplina deportiva la humanidad, arrastrada por la juventud que compite con furia, consigue enfocar la vista en un escenario libre de la desmesura de la existencia, de lo a-económico de una comunidad no competitiva. Como se ha recordado a veces, ejecutivos de una renovada Penitencia cambian su juventud en tiempo futuro y útil, martirizándose por los pecados de sus ancestros (en particular, por el gran pecado del ocio improductivo) con una forma laica de peregrinaje encadenada a los nuevos fines.

El preparador personal norteamericano, por ejemplo, es una especie de confesor para el cuerpo: según los pecados, así la penitencia. Aunque, a diferencia del cura católico, el otro acude por horas muy bien retribuidas al gimnasio hogareño, reforzando el bunker privado del narcisismo individual, su galena de espejos. Es necesario finalmente

conseguir objetivar la identidad, drenar lo que hubiera en ella de herencia atávica, de latencia innata o no controlable. Sólo después de esta feroz labor de limpieza anímica podemos volver a jugar con el espiritismo, con la parapsicología y el yoga, con maneras inocuas y finisemanales de orientalismo. El deporte es parte del consumo porque busca gastar todo resto irracional de «alma», esto es, de misterio en el cuerpo. Debe darle a éste aptitud (fitness) para la fluidez en las múltiples pistas de comunicación, sin masas no exploradas que lo inercien. Debe preparar un organismo que esté a la altura de esta inteligencia rápida que comunica con la distancia que sea, que escruta el interior de la materia, que ha decretado la muerte de todo mensaje no informatizable, que puede arrojar rayos láser desde lejos. Es necesario estar en forma, darle forma a la carne de una mente satisfecha, lograr un físico pleno y sin espíritu que lo lastre. En el escenario de un poder que se pretende inmanente, es preciso eliminar aquello que nos haga sentir culpa, nostalgia de otra calma, quizá de una lejanía, de un remoto afecto. Estamos obsesionados con acosar algo oscuro e informe, intuido por la modernidad entera, que dentro de nosotros gime y no puede estar «en forma», a lo que no se le puede dar el acabamiento y el olvido propios de la forma. Por el contrario, el nuevo cuerpo debe encontrar un modo mínimo y traslúcido de alteridad a través de los parámetros informatizados de la superación muscular. La tabla de ejercicios completos, para realizar en casa o en el gimnasio, debe mantener la empresa corporal, fortalecer los músculos, quemar la grasa superflua, tensar la piel, reducir el riesgo de muerte prematura. Ropas ligeras, limpias y modernas envolverán a pieles limpias, tersas, brillantes.

«Los joggers son los verdaderos Santos de los Últimos Días y los protagonistas de un Apocalipsis casero... aislados en el sacrificio solitario de su energía.» Se puede detener a un caballo desbocado, asegura Baudrillard, no a un jogger que corre, pues el agotamiento muscular y el fanatismo de la movilidad logran el autismo, un perfecto relajamiento sensitivo. Anestesia similar, por lo demás, a la que después la mente encuentra en la pantalla de televisión, donde la calma, en toda esa gente que ya no se duerme sin ponerse delante el monitor, viene por una especie de paroxismo del movimiento. La concentración muda de esa muchedumbre de ciudadanos que hacen footing en los parques confirma la alianza del deporte con un nuevo tipo de alienación, conectada y sin culpa. Alude a un poder correcto y al mismo tiempo a un racismo sordo, ligado a los decorados minimalistas de la alta tecnología. La cirugía estética de la carne se acompaña a la cirugía urbana de los espacios verdes, a la cirugía de la opinión en los sondeos. La vida deportiva se ensarta en otra estética, en la clara sonrisa de la opulencia y la existencia sana, la de aquel a quien le falta el fondo turbio desde el cual lo que llamábamos expresión, endeudada sin duda con el dolor y la piedad, aún sería posible. Por eso el deporte está ligado a la vez a la sonrisa y al silencio, a una mudez perfectamente compatible, de nuevo, con los escenarios de masas vociferantes (Sloterdijk ha comentado que algunos «mecanismos de desinhibición» de la sociedad actual tienen poco que envidiar a la lógica romana de los circos). La competición se muestra vinculada a una sonrisa inmunitaria, propagandista de la autosatisfacción del planeta occidental. Sonrisa autoprofética, como todos los signos publicitarios; aproximadamente, su mensaje es: cuando consiga no tener ya nada que decir, sonría, le sonreirán. Por este camino los norteamericanos, dice Baudrillard, muestran poseer una maravillosa dentadura que confirma su sociedad limpia (*Keep America clean*). En el joven que corre en monopatín con su walkman, en el intelectual que trabaja con su ordenador, en el rapper del Bronx que baila con frenesí en la sala que sea, en el corredor solitario y en el body-builder, siempre hallamos la misma blanca soledad, una idéntica refracción narcisista. El cuerpo es mimado en la certeza perversa de su inutilidad

espiritual, en la certeza total de su no-resurrección. El cuidado que recibe cuando está vivo prefigura el maquillaje de los actuales funerales higiénicos y sin llanto, la sonrisa conectada con la muerte, el hedonismo de una melopea higienista.

Este último poder es global porque se atreve a descender a la exacta circulación sanguínea, a la que por otra parte ha cambiado en su tempo, atacando en su origen al dios del afecto, a unos sentidos que, sin esa conexión tecno-deportiva, aún podrían alimentar extraños pensamientos arcaicos. Como la sexualidad o el ; concepto social de salud, lo deportivo es parte de un poder inter-relacional que desciende al deseo, a la piel y las emociones. En la medida en que las marcas nos miden y regulan, en la medida en que son intercambiables y comparables, forman parte de un mecanismo mayoritario para fragmentar la oscuridad de la carne, para hacerla comunicacional y parcelarla métricamente, poniéndola en circulación. Los gimnasios se presentan cargados de aparatos de recuperación, de entrenamiento y simulación, dentro de un régimen de control más o menos médico. De modo similar a otros campos, aquí se ha extendido al conjunto colectivo lo que en principio fue una práctica terapéutica para casos especiales. Como en otros casos, una vez que el sector «terciario» ha liquidado al «primario», los ciudadanos pagan por sudar en tareas que poseen un vago aire agrícola o primitivo. Pero ya vimos que esto es en general implícito a la religión del Desarrollo, buscando que la vieja y buena vida, que al final parece envidiable, aparezca como un resultado de la maquinaria social y de la portentosa capacidad de producción de la tecnología.

En una época en que lo mecánico desaparece, junto con las «auras» propias del orbe agrícola e industrial, liquidado por el joven sector de servicios digitales, el cuerpo es sometido a las máquinas, emparentado con ellas. De modo que, más que mantenerlo en la rudeza del mundo mecánico, es transportado al no-lugar de las cifras, de la información. Frente al esfuerzo bruto del trabajo (el lema concentracionario era *Arbeit macht frei*), lo deportivo prolonga la ocupación del ocio con múltiples recursos para trocear tecnológicamente el físico y controlarlo. El antiguo paseo en bicicleta, y nos tememos que pronto también el paseo a pie, se cuarteja midiendo la distancia total del recorrido, la velocidad media, la velocidad máxima, las pulsaciones, las pedaladas por minuto. No es extraño que, con tal neurosis computadora, el ciudadano medio pierda aún más la fortaleza de sus piernas; al fin y al cabo, al menos mientras se realiza, el esfuerzo no es mensurable. Se logra en conjunto una actividad especializada que fomenta aún más la atrofia de la mayoría, pues cada deporte se convierte en un aspecto de la automatización técnica que invade todas las esquinas. En el tiro con arco, por ejemplo, se pierde prácticamente cualquier elementalidad de una afición que un día fue popular. Ahora ya no queda ni el contacto con la madera y la cuerda, ni el cálculo de la distancia y el viento, ni el ojo libre y el pulso; menos aún la elaboración propia del material o del peso de la flecha. Sólo subsiste la complejidad de una costosa especialización, que incluye un consumo de piezas sofisticadas.

Igual ocurre en la caza o en la pesca, cada día más estandarizadas y planificadas. En este terreno es patética la evolución de las cosas, pues a una cuadrícula cada día mayor del campo (se han esfumado los espacios libres a manos de los terrenos acotados, privados o públicos), a una desaparición progresiva de las masas forestales y las especies silvestres, se une un repoblamiento masivo con animales criados. Factor que, junto con las nuevas armas automáticas, los teléfonos portátiles y las pistas forestales, convierten la caza y la pesca, antaño un derecho popular frente a los señores, en un juego tecnológico sobre víctimas indefensas.

Más o menos vinculado al turismo, el deporte se presenta como una vía privilegiada para la civilización del exterior más cercano, para una extensión del imperialismo social a lo que queda de naturaleza en nosotros, esta vez aplicado a través del ocio alternativo

y del cuerpo que goza. Lo deportivo es parte de la macroeconomía fragmentadora que implica la coyunda del hombre con la tecnología, un eterno *feed-back* con las máquinas. Una ocasión privilegiada, por otro lado, para estimular no sólo la robotización del ser humano, sino su integración con prótesis controlables, su mezcla con la objetividad técnica. No olvidemos que también las drogas son una micro-máquina. ¿Es esta una razón adicional de la extinción de las estrellas del deporte en el anonimato de la vida común, fuera de las condiciones sofisticadas de sus laboratorios y pruebas? Cuando Indurain ganó la marca mundial de la hora en París, en 1993, con toda clase de controles de alta tecnología conectados a su cuerpo y a la bicicleta de titanio que montaba, la marca fue en pocos días superada por Rominger, que se presentaba desnudo de apoyo técnico y usando tan sólo a fondo la ventaja de otra altitud.

El automatismo es parte de una moderna- cultura física que incluye, en su reverso, una relación más y más improbable, cuando no prohibida, con el azar terreno. El rechazo creciente de lo «manual» es el rechazo de una dimensión central del pensamiento, en la medida en que éste siempre tuvo en la fisicalidad sensible la sombra, el afuera permanente que lo impulsa. Efectivamente, la especialización muscular, con frecuencia impresionante hasta lo grotesco, en cuanto se desarrolla en detrimento de la carne frágil que siente, es la otra cara de un automatismo que ha de eliminar el esfuerzo físico como algo común, pues por ese lado podría entrar un mínimo de experiencia singular.

En el gimnasio nos movemos entre remos, pesos, bicicletas, escalinatas y carreras simuladas. Respiramos entre vapor y duchas, pistas de juego, tórax enfundados, miradas de soslayo, calorías controladas... Todo ello envuelto en vistosas ropas de moda, en una música que, con su ritmo liso y machacón, acompaña la dirección masiva de las vidas, de las miradas, de la escucha. Una concentración autosatisfecha entreteje esta trepidación gimnástica, como si el ritmo del esfuerzo tuviera como meta *estar juntos pero apartados*, preservados, sin tener que hablar, en una tele-relación mediada por el esfuerzo vigilado de los músculos, por la música que imprime el ritmo, que a veces a duras penas disimula su parentesco con lo marcial. En efecto, la *marcha* de la música, simple y estimulante, indica suavemente que se trata de una disciplina juvenil. Y a veces no tan suavemente, a juzgar por la ideología agresiva o fascistoide que reflejan algunos carteles: «Resistencia, coraje, orgullo, disciplina: no disponible en pastillas.» O bien: «Sacrificio, triunfo, retos, constancia: la capacidad de sacrificio y sufrimiento es igual a la posibilidad de éxito.» Esto último, quizá tanto en el sentido de triunfo social como en el de exit, exitus: término o salida de toda vida mezclada con la condición mortal.

«Velocidad, tiempo, distancia, calorías, pulso»: atendiendo a los dígitos de control del ejercicio, los usuarios de un gimnasio, enfundados en su ropa deportiva y sus cascos, se vuelven con facilidad seres ajenos a lo que les rodea. Parece que únicamente se trata de buscarle al solipsismo postindustrial la compañía cómplice de máquinas, parámetros, sonidos, unos músculos mudos pero que crecen... como si todo ello fuera un suficiente exterior. Por supuesto, un factor imprescindible en este decorado es el omnipresente espejo, ventana del narcisismo para el individuo sin raíces, tal vez un intento de confirmar una improbable existencia (suda, luego existo), que además se siente colectivamente avalada por el reflejo de un grupo de seres solos enfrascados en idéntica tarea.

Nuestra frenética actividad física tiene el fin espiritual de blindar el cuerpo, hacerlo impermeable a cualquier contaminación anímica, asegurando que a través de la sensibilidad no entre un desconocido exterior. Igual que en otros campos, lo que se busca en esta modernidad tardía es, no reprimir, sino controlar los sentidos en su misma fuente. El *body-built* supone la voluntad de labrar, construir, amurallar el cuerpo como primer espacio del afecto, de la sensibilidad; en suma, la voluntad de poner en pie una prevención y vigilancia auténticamente microfísicas. Perseguimos por tanto el efecto anestésico de la fatiga disciplinada y la musculación en el gimnasio, en las pesas y el squash, en el calor de la sauna. Puesto que se requiere que el cuerpo no resida en la contemplación, en la totalidad terrenal, para ello se le limpia de continuo con un sudor que libera todo resto de impureza, que será transportada por un agua higiénicamente «mineral» bebida de un modo regular (por supuesto, antes de que aparezca la sed, la arcaica necesidad). Todo indica que hubiera que lograr el divorcio de la incertidumbre terrenal, la separación de la comunidad de la finitud, dentro del propio organismo. La obsesión por el cultivo de la musculatura traduce la obsesión por un diseño técnico que no deja esquinas sin civilizar, pues los músculos cuidados se parecen a corazas flexibles, un poco al estilo de nuestro modelo actual de poder individualizado, blando, interactivo, fluente. Prolongando el Imperio de siglos pasados, parece ser necesario extender la labor civilizatoria hasta los confines del interior. Se puede entender la manía por el culturismo como un acorazamiento de la masa muscular, de los nervios, de la sensibilidad. La gimnasia y la musculación, las vitaminas, los bronceadores, los somníferos, los estimulantes y anabolizantes tratan el cuerpo como un último campo de pruebas, una micro-empresa que debe ser también autosuficiente, rápida y acerada. La lógica de la mezcla, del fragmento artificial y del conglomerado diseñado se extiende de esta forma al tratamiento del organismo, terapia que debe librarnos de cualquier peligro de soberanía espiritual, poniéndonos, desde dentro de la carne, en manos del complejo técnico. El deseo anoréxico de «no tener cuerpo», de liberarse de esa primera plaza de encuentro con el exterior a través del adelgazamiento, se corresponde ocultamente con el deseo deportivo de *amurallar* los tejidos, fortaleciéndolos hasta la insensibilidad. Los dos son paralelos caminos sociales cargados de un semejante efecto asegurador, defensivo. Es evidente que esto, por otra parte, supone llevar nuestro ya legendario afán de homogeneización a la misma apariencia física de la persona, al rostro y al conjunto de su silueta.

En un mundo rehecho de la cabeza a los pies, el cuerpo trabajado por el deporte es lo más cercano y útil de lo construido. Es el más inmediato de todos los artificios, de todos los simulacros. El espejo es la primera señal del narcisismo para cuerpos sin destino externo, reconstruidos como máquinas acorazadas. Hermanos gemelos de las pantallas, de los edificios y los vehículos espectaculares, son un complemento de la debilidad anímica reinante frente a todo lo que no sea cantidad. Lo que en el entrenamiento físico hacemos es asegurar nuestra materia prima, no dejar-ser al cuerpo como templo de la recepción. Lo amurallamos muscularmente para que no entre en él ningún intruso que no haya sido llamado y codificado. En primer lugar, queremos cerrarle el paso al «más incómodo de todos los huéspedes», el de la duda, la melancolía, el pesimismo.

No es posible ocultar que la época cenital del deporte y del culto al cuerpo es también la del pensamiento *débil* frente a todo lo que sea heterogeneidad. No podemos dejar de ver en estos dos fenómenos cierto paralelismo. Como cultura universal, el deporte busca un equilibrio, la fortaleza y perfección corporal que aleja toda infección del alma, la «hipocondría» que es punto de arranque del pensamiento. No sólo es que haya sin lugar a dudas una clase de

inteligencia que es incompatible con el «equilibrio físico» (¿acaso son imaginables Kierkegaard o Sartre haciendo pesas?), sino que, en general, la sabiduría del común de las gentes es ajena a esa obsesión enfermiza por la salud. «Si eso de la salud no fuera una categoría abstracta —escribía Unamuno—, algo que en rigor no se da, podríamos decir que un hombre perfectamente sano no sería ya un hombre, sino un animal irracional. Irracional por falta de enfermedad alguna que encendiera su razón.»

A través del ejercicio continuo de sudar y ducharse se extiende al cuerpo individual algo cada vez más equivalente a una oficina del «cuerpo social», la higiene económica de la Modernidad. Frente al antiguo baño, lento y ritual, la energía y rapidez de la ducha debe movilizar desde la mañana los músculos con un chorro que nos limpie de la quieta profundidad del sueño, que introduzca la trepidación del tráfico diurno en la piel, desde las primeras horas del día. La ducha es un pequeño Holocausto matutino para todo género de corpúsculos terrenales que puedan anidar en nuestra piel. De hecho, como los antibióticos lo son para la química del interior, el programa «antivirus» lo es para las relaciones externas de nuestro ordenador, la encadenación televisiva lo es para nuestro fluctuante estado de ánimo. Después, los bronceadores, las cremas y el maquillaje acentuarán esa idea de convertir la piel en una pantalla hipersensible de transparencia. Quizá piel y músculos funcionen como símbolos de un primer ordenador personal, hostil a cualquier presencia extraña.

Se logran poco a poco estos torsos limpios, tensos, pálidos o bronceados, entrenados en la transparencia de la comunicación y la empresa, aptos para este nuevo totalitarismo lúdico que da la espalda a todo eco de pobreza o de sombra. Hemos levantado un programa global para, según se suele decir, «erradicar la pobreza» también en nuestros músculos y órganos. Un luminoso racismo corporal debe eliminar cualquier subdesarrollo en la carne, así como las zonas improductivas, oscuras, atrasadas, no funcionales, potencialmente peligrosas. El culturismo, el esteticismo, la dietética y la cirugía son sólo apéndices articulados de este programa general. Tal programa encarna una actualización de la barbarie imperial de siempre, pero ahora de la mano de meticulosos expertos en nanotecnologías (Virilio), capaces de penetrar nuestro organismo sin que sintamos dolor, controlándolo en su química. La misma anestesia clínica aparece por un lado como una liberación del dolor, por otro transforma el cuerpo en un objeto abierto a la intervención mecánica.

Como campo concentracionario para el cuerpo, la formación física debe someter a un auténtico exterminio a virus, grasas, calorías sobrantes y carne débil, quemando toda esa nociva basura en los hornos informatizados del nuevo Lager. Para una cultura suprasensible como la nuestra, para la cual es inconcebible una verdad que sea simplemente existencia, es necesario siempre una humanidad atrasada que discriminar, un «judío» que encerrar. Ahora, además de peligrosos enemigos políticos de recambio, eso lo ha encontrado Occidente también en la masa amorfa del físico personal. Como ilustración de este nuevo coto de caza, escuchemos algunas inolvidables frases entresacadas de un folleto cualquiera de tratamiento de la piel:

«Con un test de tolerancia es posible clasificar aquello a lo que es sensible cada cliente. En milésimas de segundo, aplicamos una corriente interior para dilatar los poros y no sentir la inserción de la aguja. Este sistema novedoso viene avalado con una experiencia práctica de más de siete años en los países de mayor innovación en la depilación eléctrica, Estados Unidos y Canadá. Con una agresión más localizada se descubre un mundo nuevo de eliminación de vello, sin dolor, rápido y con absoluta eficacia. Y además: tratamientos faciales y laserterapia, limpieza de cutis (peeling) y antiarrugas

(lifting), tratamiento con células frescas, hidratación con velo de colágeno, cathiockrmie (anti-acné), depilación eléctrica y a la cera, magnetoterapia, tratamiento anti-celulitis (vendas, ionización, parafinas), presoterapia, electroestimulación, tratamiento de senos, Body Wrap.»

En resumen, un renacido higienismo aplicado ferozmente a los tejidos, una impecable depuración individual. Tal *Wehrmacht* microcelular debe eliminar toda «impureza» en la piel (células muertas, acné, puntos negros, grasa, vello, arrugas), como en una prolongación correcta de las antiguas mortificaciones medievales. La globalización exige efectivamente estas pieles como pantallas, rejuvenecidas, tersas, luminosas, con la circulación activada. Se busca así eliminar cualquier hondura u oscuridad, organizando una auténtica cacería de las huellas de la finitud en la piel, de sombra y pasado, de marcas del tiempo, de toda otredad que no sea social, que no sea una variante de su consistente seguridad. La piel debe ser convertida en una tersa pantalla de señales para los otros átomos comunicadores de la sociedad. En realidad, el organismo en su conjunto es tratado como un tumor del que hay que protegerse, al que hay que someter a una constante vigilancia y tratamiento.

Es evidente que este programa de limpieza social ya comienza con el cuerpo inerte del feto. Ecografías y mediciones, prueba de amniocentesis, una monitorización que prefigura la futura elección del sexo (del color de la piel y los ojos) deben prevenir desde el mismo comienzo biológico cualquier anomalía que destaque. Esto se continúa después con una intensa medicalización de la población, preservando la seguridad social frente a toda incursión del exterior al que antes estaba expuesto el nacimiento y la salud del hombre. Después, cuando aparezcan las enfermedades sintomáticas de nuestra época (alergias, cáncer, alteraciones nerviosas o cardiovasculares), cuya probabilidad parece aumentada por una vigilancia médica cada vez más preventiva, los tratamientos intensivos encontrarán a un paciente casi habituado a la estrecha dependencia del complejo técnico.

Todo esto, por lo demás, confirma en nuestras sociedades una suerte de ethos de la esterilidad. Con el desarrollo de los miembros, por una parte, el gimnasio logra una suerte de lobotomía por exceso. No es extraño que después esos seres clonados por los aparatos gimnásticos y la medición parpadeen de asombro si un día, por accidente, paran el mando a distancia de su televisor ante cosas como *Providence* u *Ordet*. Al menos por añadidura, es inevitable el aire «anti intelectual» que transpira nuestro tecnificado mundo deportivo, tan alejado del griego. Había una complicidad greco-romana entre la formación espiritual y la física que de ninguna manera hallamos ahora, a pesar de los intentos de algunas sectas. Lo nuestro es más bien el simulacro de la antigua idea de formación, pues justamente a este intento le falta el exterior abismal e «informe» del que se alimentaba la forma. Tal exterior exigiría todo un aprendizaje espiritual, en suma, aceptar lo corporal como encarnación, presencia inmanente de una trascendencia enigmática.

Por idéntico motivo, nuestra vida deportiva es el modelo de una dinamicidad asexual o hermafrodita en virtud de la cual un átomo insularizado, cuanto más solo, incluso desarraigado, más puede esforzarse y conquistar una medalla, entrando en el podio de los vencedores aplaudidos por el público. De algún modo, en mimetismo con el tejido social entero, la popularidad deportiva parece compensar la inmensa soledad y sacrificios del Robinsón del mundo técnico. Habría que atreverse a suponer si, a la vista de todo esto, en un sentido clásico, el «atletismo» no debería empezar hoy por un retiro al silencio, a la indefinición, ni pragmática ni espectacular, de la existencia.